

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

La Epifanía del Señor proclama que Dios se revela en medio de la fragilidad y la incertidumbre humanas. Para los hijos adultos de hogares disfuncionales, este mensaje puede ser profundamente consolador. Muchos de nosotros crecimos navegando confusión, inconsistencia o ausencia emocional, aprendiendo desde temprano a depender de nosotros mismos para encontrar seguridad y sentido. La Epifanía nos recuerda que Dios entra precisamente en estas historias imperfectas para traer luz, verdad y sanación.

Los magos son buscadores que provienen de tierras desconocidas. Dejan lo familiar y siguen una luz que no pueden explicar del todo. Los hijos adultos suelen resonar con esta experiencia. Percibimos que algo falta, aunque nos cueste ponerle nombre. Nuestros entornos tempranos nos enseñaron a adaptarnos, sobrevivir o complacer a otros, muchas veces a costa de nuestras propias necesidades. La recuperación comienza cuando nos permitimos buscar algo diferente.

Los magos no completan su viaje solos. Al llegar a Jerusalén, buscan orientación en quienes conocen las Escrituras. Este momento refleja un cambio importante en la recuperación de los hijos adultos. Comenzamos a reconocer que la autosuficiencia, aunque alguna vez fue necesaria, ya no es suficiente. La sanación se profundiza cuando pedimos ayuda—por medio de la fraternidad, la dirección espiritual, la terapia y relaciones de confianza.

El Evangelio de este domingo relata el encuentro de los magos con Cristo (Mateo 2,1-12):

Después de oír al rey, los magos se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos,

hasta que se detuvo encima de donde estaba el niño. Al ver de nuevo la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre; y postrándose, le rindieron homenaje. Luego, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Advertidos en sueños de que no regresarán a Herodes, volvieron a su tierra por otro camino.

El encuentro con Jesús cambia la dirección de los magos. No regresan a casa por el mismo camino. Para los hijos adultos, la recuperación ofrece una redirección similar. Aunque no podemos cambiar el pasado, somos invitados a vivir de manera distinta en el presente. Los antiguos patrones de supervivencia—complacer a otros, el distanciamiento emocional, la hipervigilancia o el control—ya no necesitan determinar nuestro camino.

Los dones ofrecidos por los magos reflejan la entrega. El oro simboliza lo que más valoramos; el incienso, nuestra oración y confianza; y la mirra, nuestro sufrimiento. Los hijos adultos a menudo cargan con dolor y duelo no resueltos. La Epifanía nos invita a llevar estas cargas a Dios, confiando en que Él puede transformar las heridas en sabiduría y el miedo en fe.

La presencia de María ofrece un modelo de suavidad y seguridad. Ella no apresura el proceso ni exige comprensión inmediata. Más bien, permite que la obra de Dios se despliegue. La recuperación de los hijos adultos se desarrolla de manera similar. La sanación llega gradualmente a medida que practicamos la honestidad, establecemos límites saludables y permanecemos abiertos a la guía de Dios.

La Epifanía nos asegura que Dios continúa revelándose a lo largo del camino. Cada paso hacia la vulnerabilidad, la conexión y la

confianza se convierte en un momento de gracia. Al seguir la Luz de Cristo, descubrimos que ya no estamos solos. Dios nos conduce fuera del aislamiento y hacia una vida marcada por la dignidad, el sentido de pertenencia y la esperanza.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿De qué manera el camino de los magos refleja tu experiencia de búsqueda de seguridad y sentido como hijo adulto?

- ¿Qué antiguos patrones de supervivencia podría Dios estar invitándote a dejar atrás mientras continúas sanando?

- ¿De qué formas la fraternidad, la fe o las prácticas de recuperación han ayudado a redirigir tu vida hacia una mayor plenitud?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 60,1-6

SALMO RESPONSORIAL Salmo 72,1-2. 7-8. 10-11. 12-13

SEGUNDA LECTURA Efesios 3,2-3a. 5-6

EVANGELIO Mateo 2,1-12